



18 de octubre de 1874

El espíritu de fe

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Permitidme insistir hoy en una virtud que todas tenéis, y que es tan fundamental para toda la vida cristiana que parece inútil recordarla, pero que, sin embargo, nunca se vive y fortalece demasiado en el alma: la fe.

Cuando no somos generosas ni sacrificadas es por falta de fe. Cuando en la vida nos sorprendemos al hacer un esfuerzo, soportar momentos dolorosos, es una prueba de que nuestra fe es débil, y de que no elevamos suficientemente nuestros pensamientos a las recompensas eternas, que la fe nos revela. San Pablo dijo: “*Si Cristo no ha resucitado vana es vuestra fe*”.¹ En efecto, sin la fe y sin la esperanza en la resurrección, sin fe y esperanza en la felicidad eterna, toda nuestra vida no es más que un tormento, y nuestros sufrimientos son inútiles.

Sin duda, si hemos acogido el destino que hemos tomado para seguir a Jesucristo en la vida religiosa, es por la fe y para la fe. Pero ¿lo llevamos con tanta pasión, con tanto espíritu de sacrificio, con tanta muerte a nosotros mismos que podamos reconocer en nosotros la fuerza de nuestra fe por nuestras acciones? ¿Anima todas nuestras acciones? ¿Hace que cada dolor, cada prueba sea soportable? No se puede decir, sin embargo, que nuestra vida sea más dura, más sacrificada -a menos que no la hagamos así- de lo que es en muchas de las personas que nos rodean. es para muchas de las personas que nos rodean. Lo que hará que nuestra vida sea un mayor sacrificio, es que nos renunciaremos más a nosotros mismos, es decir, que tendremos un mayor espíritu de sacrificio en la obediencia, en el trabajo, en la mortificación, en la pobreza, en nuestras relaciones con el prójimo, en nuestras relaciones con Dios, pues es sobre todo en la oración es donde debemos tener gran fe.

La fuerza y la generosidad de nuestra fe deben medirse a veces por la generosidad de nuestra vida, por la fuerza con la que nos despojamos de todo lo

¹ 1 Cor 15:17.

que es visible y aspiramos a lo que es invisible; lo cual es suficiente, hermanas, para alcanzar la santidad. Todas vosotras habéis conocido a personas santas, ¿Cómo habéis reconocido que eran almas santas? ¿Fueron sus virtudes? No. - ¿Su bondad? Tampoco. - Fue el contacto que habéis reconocido en ellas con las cosas de la eternidad. Se podría decir de esas almas: "Son el espíritu de oración personificado, el espíritu de unión con Dios personificado, el espíritu sobrenatural personificado.

Viven en su interior las características de la otra vida. Han renovado verdaderamente su alma, y sus conversaciones están en el cielo.

¿Por qué, hermanas, no somos todas como esas almas? Podéis decirme que tenéis vuestro carácter, vuestros defectos, las malas disposiciones, malas inclinaciones; pero todas nos reconocemos ahí, y no ha habido santos sin defectos. San Luis de Gonzaga tenía defectos, también San Alfonso M^a de Ligorio, y esto es muy consolador para nosotros. Pero lo que era impecable en ellos era la vivacidad de su fe. Era su espíritu de oración, su generosidad en sus relaciones con Dios, su desprendimiento y elevación por encima de todas las cosas de la naturaleza.

Esto es lo que debemos pedir a Dios sin cesar. Que la oración que más a menudo tengáis en vuestros labios sea esta: "*Creo, ven en ayuda de mi incredulidad*"². Esto fue lo que decía el desdichado padre que pedía al Salvador la curación de su hijo poseído por un demonio sabiendo que su fe podría obtener ese milagro. "*Creo, Señor, ven en ayuda de mi incredulidad*". Debemos pedir una fe tan viva que haga ver al mundo lo que no puede verse. Transformarnos mediante la oración, la unión con Dios, en personas que lleven a los hombres la huella de lo invisible, de lo sobrenatural y divino.

Seguro que habéis visto alguna de esas personas que te hacen exclamar involuntariamente: "¡Qué persona tan llena del Espíritu de Dios! ¡Cómo todo en ella da testimonio de Dios!". Pues bien, hermanas, la última razón de nuestra existencia como religiosas es ser así, aportar ese espíritu de fe en la relación con las almas. No damos a las personas con las que nos relacionamos, no damos a los niños todo lo que deberíamos darles, cuando no les damos este espíritu de fe.

Y aquí, hermanas, debemos entender todo esto bien, no hay excepciones: la cocinera, la encargada de la ropa blanca, la portera, tanto la que está enferma como la que está bien, la profesora, la que guarda el recreo, así como la superiora,

² Mc 9,23.

todas sin excepción debemos aportar al mundo ese mundo invisible, esta presencia de un alma unida a Jesucristo, en la que resplandece la fe.

Si estuviéramos más convencidos de esta obligación que tenemos respecto a las almas, no podríamos contar el número de conversiones que podríamos obtener. Si todos los que sirven a Dios, si todos los sacerdotes, todos los religiosos pudieran llevar en su interior esta elevación sobrenatural, esta vivacidad de la fe, este espíritu de oración, esta personificación de una vida más de eternidad que del tiempo, no dudó en afirmar que el mundo entero sería pronto cristiano. Habría algo en su relación que actuaría tan poderosamente en las comunidades humanas que estas almas serían la sal de la tierra.

Esto es, además, lo que deberían ser todos los siervos de Dios, porque nuestro Señor dijo a sus apóstoles: “*Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se la salará?*”³ Queridas hijas, no debemos permitir que esta sal de la tierra se vuelva insípida. Es necesario procurar siempre con gran fuerza y energía reavivar tan alta vocación.

No se trata de contentarse con un poco, con nada, con decir: "Ahora hablo, ahora callo... "Ahora estoy haciendo esto, pronto haré aquello otro". El fin de nuestra vida es la unión con Dios desde el espíritu de fe, la entrega a las virtudes en unión con Jesucristo, la manifestación de su reino en nosotros por nuestro exterior, por nuestra conducta, por todo nuestro ser. Aunque solo frotéis el suelo con espíritu de fe, estaréis haciendo mucho. Si hacéis mucho sin este espíritu, no hacéis nada.

Por tanto, que tu oración sea a menudo pedir esta fe, este espíritu de fe, que transforma, que vivifica, que te hace sentir mejor y, que eleva a Dios las cosas más ordinarias. Pídelo, no solo para ti, sino para toda la Congregación. Entre los bienes que una puede desear para su Congregación, no hay nada más necesario que pedir la santidad. Pedid, pues, para todas nosotras una fe viva, una fe pura.

Gracias a Dios, nuestra fe es pura, es decir, que creemos todo lo que la Iglesia cree y enseña, que nos consideramos sumisas a la Iglesia en la persona del Papa, de la manera más absoluta. Entre esta fe pura y la fe viva y práctica que vivifica, que anima, que se hace visible en toda conducta. Hay muchos niveles y hay que trabajar para superarlos. Debemos pedir que todas nuestras hermanas pasen por ellos, para que el espíritu de fe sea visible en todos nosotros, y que, al igual que San Pablo dijo que *el justo vive de la fe*⁴, se pueda decir que las

³ Mt 5,13.

⁴ Rom 1:17, según Ha 2:4.

Religiosas de la Asunción viven de la fe. Eso, queridas hijas, sería el más hermoso elogio que se nos puede hacer.